

Martin Lees, Escocia. **Un ensayo descriptivo de proyecto que se refiere al Principio 16 sobre la educación en la Universidad para la Paz**

La Carta de la Tierra como guía para construir una cultura de paz y desarrollo sostenible



Luego de ocupar varios puestos gerenciales durante algunos años en la industria, **Martin Lees** se inició en una carrera internacional de treinta años en la Organización

de Cooperación Económica y Desarrollo, donde estuvo a cargo de los programas de Cooperación en Ciencia y Tecnología, de los Procedimientos y Organización del Gobierno y del “Proyecto InterFutures”, que trata del futuro a largo plazo de la economía mundial. Posteriormente se desempeñó en varias posiciones en las Naciones Unidas y en 1982 fue designado Secretario General Adjunto de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo. Adicionalmente, ha tenido bajo su responsabilidad varios programas de cooperación internacional de alto nivel con China. De 1991 a 1996, desarrolló y ejecutó programas de cooperación con los Nuevos Estados Independientes de la Antigua Unión Soviética, en calidad de Director General del Comité Internacional de Reforma Económica y Cooperación. Por espacio de dos años, colaboró en la revitalización de la Universidad para la Paz como Director de Desarrollo de Programas, que luego condujo a su nombramiento como Rector de 2001 a 2005.

A pesar de los innegables avances, heredaremos a nuestros descendientes un mundo difícil y peligroso que aún sufre la injusticia, las amenazas a la paz y la pobreza endémica de millones de personas. Existe, por consiguiente, una intensa y profunda preocupación de la gente por el

estado de nuestro mundo, por las relaciones entre los pueblos y entre los grupos étnicos y religiosos, y por los prospectos de paz y el desarrollo equitativo para las futuras generaciones.

Ya no podemos confiar en los conceptos y políticas que nos han señalado el camino desde la Segunda Guerra Mundial. Es indispensable que haya un cambio de mentalidad, crear nuevas estrategias, y movilizar el apoyo y compromiso públicos, para enfrentar las amenazas a la paz y al progreso en el siglo XXI.

En este sentido, la misión manifiesta de la Carta de la Tierra adquiere una profunda relevancia: Debemos establecer un fundamento ético sólido para la sociedad global emergente y “unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz.. Mediante la representación del cúmulo de sabiduría de una gran diversidad de grupos y sectores recopilada a través de mucho tiempo y que fue sometida a un proceso de consulta a nivel mundial, la Carta de la Tierra sirve de base para el diálogo y la evolución de nuevos valores y enfoques adaptados a los requerimientos del siglo XXI.

Durante los últimos cinco años, la Carta de la Tierra ha demostrado su valía como herramienta educativa, como catalizador para el diálogo, como marco de valores y como un llamado a la acción. Por esta razón, el Consejo de la Universidad para la Paz (UPAZ) ha ratificado formalmente la Carta de la Tierra, que ha venido a desem-

peñar un papel importante en la concepción, diseño e implementación del recién desarrollado programa académico de la Universidad. La UPAZ ha orientado sus programas de educación, capacitación e investigación para la paz, concentrándose en temas que son cruciales para los cuatro temas principales de la Carta de la Tierra: respeto y cuidado por la comunidad de la vida; integridad ecológica; justicia social y económica; y democracia, no violencia y paz. Más aún, estamos educando en campos trascendentales que contribuyen a una cultura de paz. Éstos incluyen programas académicos en: Derechos Humanos; Derecho Internacional; Estudios en Paz y Conflictos; Educación para la Paz; Formación de Género y Paz; Seguridad Ambiental; Medios de Comunicación y Paz; Desarrollo Económico, Paz y Seguridad; y Desarme y No Proliferación.

Para desarrollar una estrategia global que permita alcanzar una cultura de paz, debemos aclarar las causas de la violencia y los conflictos en el mundo moderno. En el pasado, los conflictos generalmente ocurrían entre estados soberanos. No obstante, en décadas recientes, la naturaleza de la mayoría de los conflictos ha cambiado. Actualmente, la enorme mayoría de los conflictos armados tienen lugar a lo interno de los países y no entre ellos. Una de las consecuencias trágicas de esta mutación en la naturaleza de los conflictos es que aproximadamente un noventa por ciento de quienes han muerto en los conflictos son civiles: en su mayoría mujeres, niños y personas mayores.

El establecer una cultura de paz depende

de la gran cantidad de hombres y mujeres especializados y motivados de los países interesados, que trabajen para lograr la reconciliación y reconstruir sociedades equitativas. Además, la paz y el progreso sólo pueden ser sustentables mediante un cambio de actitud y conducta, de profundo arraigo en las sociedades en general, para pasar del odio, la intolerancia y la violencia, a la solidaridad, el respeto a los derechos humanos, la igualdad de género y la reconciliación. En ambos aspectos esenciales, el papel de la educación para la paz, a través de múltiples canales y a todo nivel, es sumamente importante, como se refleja en la misión y el programa de la Universidad para la Paz.

¿Cuál es el significado de la palabra “paz”? La paz no es simplemente la ausencia de conflictos. Más bien, debemos pensar en la paz como pensamos en la salud. El estar realmente saludables va mucho más allá de estar libres de enfermedad. El verdadero sentido de la salud significa vivir una vida activa y productiva; perseguir los sueños; y hasta contribuir a la felicidad de otros. Por ende, cuando deseamos una cultura de paz, estamos añorando un mundo de seguridad, justicia, dignidad, solidaridad, oportunidad, progreso y esperanza, para la gran mayoría de la raza humana. ¡Deseamos, en fin, un mundo que se ajuste a los nobles propósitos de la Carta de la Tierra! Sin embargo, hoy día estamos muy lejos de conseguirlo.

De hecho, sólo podemos lograr la seguridad para nosotros mismos si el mundo a nuestro alrededor irradia paz y prosperidad. Nuestra seguridad y progreso, en el largo plazo, son inseparables de la seguridad y progreso de los demás. Una condición previa para lograr la paz en el siglo XXI es la creación, mediante la cooperación y gestión nacional e internacional de los gobiernos y de la sociedad civil, de un entorno en el que la gran mayoría de nuestros hermanos puedan vivir una vida segura y plétórica de esperanza.

Tenemos la capacidad de crear un mundo mejor. No se trata sencillamente de un asunto de recursos: hemos visto cómo se dispone con prontitud de enormes recur-

sos para la guerra. Como lo establece claramente la Carta de la Tierra, es un asunto de valores, prioridades, organización y voluntad.

Las amenazas a la vida, seguridad y bienestar de cientos de millones de personas en el próximo siglo, no será sólo el resultado de las consecuencias deliberadas de la guerra –“la crueldad del hombre contra el hombre”– sino que también obedece a las presiones económicas y ambientales como la pobreza, la hambruna, la contaminación y la enfermedad, y al colapso de los “estados fallidos” por lograr una situación sociopolítica elemental que permita preservar el marco de una sociedad estable y en paz. Estamos, de hecho, ante el desafío de manejar problemas sistémicos de creciente complejidad y bajo condiciones de cambio dinámico, inseguridad extrema y riesgo. Es necesario adoptar un enfoque interdisciplinario más sistemático, que identifique la relación fundamental entre los problemas que enfrentamos, pero también entre las estrategias y políticas para abordarlos. Dicho enfoque exige un nuevo respeto por la solidaridad y cooperación internacional, lo mismo que por los principios éticos compartidos. Debe tomar muy en cuenta la diversidad de ideas, aspiraciones y enfoques de nuestro mundo pluralista. En todos estos aspectos, la Carta de la Tierra proporciona una guía y un punto de partida.

Si vamos a enfrentar nuestros problemas futuros, vamos a necesitar una nueva generación de líderes, que se adapten a las condiciones y desafíos del mundo moderno. Tendrán una visión a más largo plazo y un compromiso con el futuro de la humanidad. Serán capaces de trabajar, traspasando las fronteras disciplinarias, sectoriales e institucionales. Y no estarán prejuiciados por intolerantes opiniones ideológicas o nacionales; mostrarán una apertura a las distintas iniciativas y opiniones culturales.

Este es un desafío inmediato para nuestras instituciones académicas: realizar investigaciones y enseñanzas interdisciplinarias y multiculturales sobre las que estarán fundamentadas las nuevas políticas y el lide-

razgo. La nueva generación de líderes y educadores, para poder trabajar de forma efectiva en el mundo moderno, debe estar dispuesta a reconocer sus propias limitaciones: comprender que ellos mismos han sido condicionados por sus propios antecedentes y experiencia. No deben pensar que su tarea es imponer sus opiniones sobre otros porque consideran las suyas de una exactitud sin ambigüedades. Podrán entonces funcionar de manera exitosa en un mundo pluralista, aprovechando y respetando las diversas culturas y opiniones, en tanto conservan un sentido claro del propósito de bien común.

En nuestro mundo cada vez más interdependiente, sencillamente no será posible a largo plazo para los ricos y privilegiados del planeta, defender sus intereses por medios militares, o por el desgaste exagerado de inventiva humana y recursos materiales. Debemos renovar nuestros esfuerzos para fortalecer la solidaridad y cooperación internacional, con el fin de construir bases sólidas para la paz mundial.

Nuestro planeta está en peligro de dividirse en dos mundos a lo interno de los países y entre ellos: un mundo relativamente seguro de riqueza y privilegios, por un lado, y un mundo peligroso de pobreza y hambre, injusticia y miseria, por el otro. Sin embargo, estos dos mundos son básicamente interdependientes, a través del medio ambiente y el cambio climático, a través del movimiento de las personas, mediante la migración y el turismo masivo, y de cara a las enfermedades mortales de rápida propagación y que no respetan fronteras. Ahora comprendemos que también estamos obligados a enfrentar juntos las amenazas del crimen y el terrorismo internacional, que afectan tanto a naciones industrializadas como a países en desarrollo.

En efecto, el bienestar y la seguridad de todos nosotros depende, directa e indirectamente, de una compleja maraña de relaciones y cooperación internacionales que, a su vez, dependen de la buena voluntad, la confianza y los intereses comunes entre grupos y naciones, fácilmente destructible,

pero muy difícil de reconstituir. Para alcanzar una cultura de paz, debemos fortalecer explícitamente la solidaridad, la confianza y la cooperación internacional. Si lo miramos del lado positivo, la humanidad nunca, como ahora, ha contado con tantos recursos en términos de conocimientos, habilidades, sistemas tecnológicos y recursos para hacer frente a las amenazas a la paz, a la seguridad y al desarrollo. Sin embargo, estos recursos no se aplican de manera efectiva ni a una escala tan significativa como para prevenir los conflictos ni para construir las bases de la paz y la solidaridad. El flujo de recursos que estimulen el desarrollo sigue siendo reducido, en comparación con las necesidades y oportunidades.

Nuestras políticas actuales, enfocadas particularmente en la reacción a problemas específicos e inmediatos, no están, de hecho sentando las bases de una paz sostenible. Ante la ausencia de una gestión renovada y concertada que involucre a la comunidad mundial en general en la prevención de conflictos y en la construcción de los fundamentos para la paz y el progreso, los prospectos para la paz y la seguridad en el siglo XXI son limitados, aún para los países más ricos y poderosos.

El comprometernos, en la práctica, a una paz sostenible, requiere de nuevas ideas, nuevas políticas y nuevo liderazgo, como lo establece claramente la Carta de la Tierra. La educación para la paz puede representar un aporte crucial. Los países en desarrollo y los que están en transición, no pueden tener estabilidad y no pueden reducir la pobreza, el analfabetismo, el hambre y las enfermedades, a menos que puedan prevenirse y resolverse los conflictos y la violencia. Y esto sólo puede lograrse si existen miles de líderes, educadores y profesionales en estos países, dispuestos a colaborar en la prevención y mediación de los conflictos y conseguir la reconciliación; educar sobre la no violencia, la tolerancia y los derechos humanos; construir las bases para una buena gobernabilidad, justicia y democracia; e implementar los programas necesarios para lograr el desarrollo equitativo y sostenible. Para prevenir los conflictos, es imprescindible

alcanzar una cultura de paz en la sociedad como un todo, mediante un cambio de actitud y de conducta que rechace la intolerancia, el odio y la violencia, y abrace la tolerancia, la reconciliación y el respeto por los derechos humanos y la igualdad de género, así como la comprensión mutua entre los distintos grupos étnicos, religiosos y culturales. Dichos cambios en las creencias y actitudes tan arraigadas sólo pueden estimularse con la educación, a través de la gran cantidad de canales formales e informales y mediante la gestión positiva de los medios de comunicación.

El fortalecimiento de las capacidades educativas en los países en desarrollo y en transición para brindar educación, capacitación e investigación en temas esenciales como la paz y el desarrollo a todo nivel, ha surgido como un medio cada vez más importante para coadyuvar en la construcción de las bases de la paz y el progreso. También será importante informar ampliamente a los hombres, mujeres y niños en los países industrializados sobre los temas mundiales y la educación para la paz. Los votantes en estas democracias deben tomar conciencia y comprender la realidad presente y futura de los asuntos mundiales, si han de respaldar las políticas hacia el exterior y a más largo plazo que se necesitan para lograr un mundo seguro y en paz para todos.

Mediante la difusión de conocimientos y el apoyo de las gestiones a nivel mundial para educar a una nueva generación de líderes, educadores y expertos en los problemas cruciales de la prevención de conflictos y la construcción de la paz, podemos contribuir a lograr un futuro más pacífico y seguro para la humanidad. Y en este esfuerzo global, la Carta de la Tierra tendrá un protagonismo muy especial. ●